

por alimento el adorable cuerpo de Jesus sacramentado, es el gran símbolo que distingue la Iglesia católica, y la fe de este misterio es la de la única Religion verdadera. Hasta lo infinito se multiplica el pan de vida eterna por medio de la omnipotente virtud de las palabras de Jesucristo, repetidas por sus ministros. La Iglesia nos convida, nos estimula, nos manda venir al banquete; y las disposiciones que exige son las mismas que vió el Salvador en la multitud, cuando en su favor multiplicó los panes: abstraccion del mundo y sus cuidados, fe ciega en la doctrina del Señor, y amor puro y ardiente á Jesucristo.

Para preparar Jesus á las turbas al conocimiento y participacion de este augusto misterio, les multiplicó el pan material y terreno, y despues les dijo: coméd, no el manjar que perece, sino el que permanece hasta la vida eterna. Para esto es preciso que creáis en la obra de Dios, hecha por su Hijo, á quien ha enviado con este fin.

Ea, cristianos, esta obra grande y portentosa es para nosotros. Avivád vuestra fe, y veréis, y participaréis del milagro del amor de Jesus, no ya como las turbas, comiendo del milagroso pan multiplicado en el desierto, sino del pan celestial y divino del cuerpo adorable y sacramentado del mismo Jesus. Avivád vuestra fe, repito; pero con las buenas obras, con el retiro del mundo, con un fervoroso y encendido amor á este Señor, cuya inmensa bondad, cuya sabiduría infinita y cuya providencia omnipotente y cariñosa ha querido obrar para el pueblo cristiano un prodigio, infinitamente mayor que el del desierto. Convencámonos en fin de que los milagros del Señor en favor del mundo son frecuentes, continuos y portentosos; y que siempre reclaman nuestra gratitud, y exigen amor y respeto, léjos de envilecerse con su frecuencia. Sobre todo y sobre todos el grande, el incomparable, el divino del augusto Sacramento, significado por el del desierto. Vivamos como buenos hijos de Dios, humildes, fervorosos y agradecidos á tantos favores: sea nuestra conducta tan virtuosa y tan pura que siempre podamos dignamente disfrutar de este beneficio y comer con frecuencia del pan milagroso, para que fortificados en el alma con su alimento, marchemos firmes y sin nunca desmayar hasta el monte santo de Dios, que es la gloria. Amen.

## HOMILÍA.

### ESTAMOS EN OBLIGACION DE SOCORRER

#### Á LOS NECESITADOS.

PARA LA DOMINICA CUARTA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

*Acceptit Jesus panes; et cum gratias egisset, distribuit discumbentibus: similiter, et ex piscibus quantum volebant.*

Tomó Jesus los panes; y habiendo dado gracias, los repartió entre los que estaban sentados, y asimismo de los peces cuanto querian.

*S. Juan, c. 6. v. 11.*

Si en todos tiempos y circunstancias debemos meditar atentamente los saludables documentos, é imitar los ejemplos edificantes que se sirvió darnos nuestro divino Maestro en el discurso de su vida mortal, hay sin embargo ocasiones mas críticas que parecen exigirlo imperiosamente. La misericordia, la caridad y el prodigioso esmero, con que nos dice san Juan en el Evangelio de este dia, que atendió Jesucristo al remedio de las necesidades espirituales y corporales de las turbas que le seguian, admiradas al ver los repetidos y asombrosos milagros que obraba frecuentemente, para proporcionar la salud á todo género de enfermos y el remedio á todas las necesidades; exigen con razon de nosotros que procuremos ejercitar los actos de aquellas virtudes con un celo y exactitud, proporcionados á los apuros en que se encuentran muchos de nuestros hermanos. Las necesidades que experimentan en el dia, ya por respecto al cuerpo, ya con especialidad respecto del alma, son altamente acreedoras á nuestra atencion. La dolorosa situacion en que se

hallan por disposicion de la Providencia, exige del modo mas imperioso que todos estudiemos, consultemos y pongamos por obra cuantos medios nos dicte la razon para suavizarla. La indigencia es muy general y desmedida; la ignorancia de las verdades de nuestra Religion sacrosanta; la relajacion de costumbres, el escándalo, el desórden son demasiado comunes, cunden por todas partes.

Tan espantoso cuadro se presenta á la vista del cristiano observador; pero se aumenta el sentimiento al considerar, que si es muy corto el número de los que se hallen en disposicion, y con voluntad de satisfacer el hambre y cubrir la desnudez de tantos miserables, lo es mucho mas por desgracia el de los que distribuyan el alimento de la divina palabra, de los santos sacramentos y de los demas auxilios, á que está vinculada, y de que exclusivamente depende la conservacion de la vida espiritual. En tan angustiosa situacion yo no encuentro otro remedio, que renovar la memoria de lo que Jesucristo hizo este dia en el desierto en obsequio de las turbas que le seguian, y excitar, á vista de tan edificante ejemplo de misericordia, á la práctica de esta excelente y recomendable virtud. Este es el fin de la Iglesia al exponer á nuestra consideracion el presente Evangelio, y este es por tanto mi designio en el breve discurso que vais á oír.

No se me oculta, como no se ocultaba al hermano de Pedro, que cinco panes y dos peces no son materia suficiente para remediar naturalmente las necesidades de cinco mil hombres; pero no puedo dudar al mismo tiempo que el Unigénito de Dios puede multiplicarla milagrosamente, de modo que comiendo cada uno á medida de su deseo, aún quede mucho de sobra: quiero decir, que á pesar de la razonable desconfianza que me anima de poder con solo mi trabajo producir el fruto que deseo, espero no obstante producirlo auxiliado con la gracia del Espíritu santo, que os excito á pedirle por la mediacion de la Madre verdadera de las misericordias. *Ave María.*

No hay virtud tan frecuente y enérgicamente recomendada en la sagrada Escritura como la misericordia. El libro del Deuteronomio, el de los Salmos, el de los Proverbios de Salomon, el del Eclesiástico, el de Tobías, los de los Profetas, los del an-

tiguo Testamento, todos nos exhortan en los términos mas expresos á la práctica de esta virtud; por cuya razon seria molesto, y aún casi imposible, referir los copiosos testimonios que encierran. Lo mismo digo respecto á los preceptos que de ella se nos dan en el sagrado Evangelio. Nuestro divino Maestro, como que se propone inculcar sobre la obligacion de ejercer la misericordia, cuantas veces se le presenta ocasion oportuna; pero siempre recordando el premio que está preparado á los que la cumplan, y el castigo á los que la desprecien. Bienaventurados, dice por san Mateo (1), los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia; dad y se os dará á vosotros con usura (2): dad limosna y atesoraréis en el cielo, donde jamas falta, porque ni hay ladrones ni polilla (3): ganáos amigos distribuyendo vuestras riquezas, para que cuando fallezcáis, os reciban en las eternas moradas. Semejantes documentos se encuentran á cada paso en las epístolas de san Pablo, en la de Santiago, en la de san Juan y otras que no refiero, por no molestar vuestra atencion, y porque al mismo tiempo creo ser suficiente para convenceros aquel, en que el Juez supremo, al describir el terrible juicio que á todos está preparado, parece atribuir exclusivamente á los ejercicios de la misericordia todo el mérito para la bienaventuranza, y al defecto de aquellas obras la sentencia de eterna reprobacion (4).

Para conocer la excelencia de esta virtud, bastará considerar la conducta de nuestro divino Salvador. No se satisface con exhortarnos á su ejercicio; ó por mejor decir, no juzga suficiente enseñarnos esta obligacion con solas palabras, sino que se propone darnos ejemplos repetidos, medio seguramente el mas persuasivo: y aunque la humilde condicion que para sí habia elegido en este mundo, no le proporcionaba ocasiones ni recursos con que poder manifestar su infinita liberalidad, pero la manifiesta recurriendo á su omnipotente providencia, para grabar de un modo mas estable en el corazon de los hombres esta leccion importante. Por medio del milagro que hoy nos refiere la Iglesia, y que es de los mas evidentes, llama la atencion de los cristianos y los exhorta prácticamente á la misericordia. Tres dias hacia que una multitud considerable, como admirada á vista de la prodigiosa curacion de varios enfermos, seguia con

(1) *Matth. c. 5. v. 7.* (2) *Luc. c. 6. v. 38.* (3) *Luc. c. 12. v. 33.*

(4) *Matth. c. 25.*

indecible ansia por el desierto á Jesus Nazareno, publicando su poder sobrenatural y manifestando que no acertaba á separarse de su compañía. Era tal el anhelo con que escuchaban las turbas las palabras de vida eterna, que con tanto celo les anunciaba, que quedaban como pendientes de sus labios, sin fijar su atención en otra cosa alguna, ni aún en sus verdaderas necesidades corporales. Es verdad que en mi concepto era un milagro el que se olvidaran hasta del alimento necesario á la conservación de su existencia; pero como quiera ellos no lo conocían, porque no paraban en él su consideración, y era necesario hacerlo mas palpable, para que fuera mas edificante el ejemplo de la misericordia. Al efecto determina el Salvador proveer á todos del oportuno sustento; pero ¿de qué manera ha de proporcionarlo en un sitio desierto, y destituido por consiguiente de todo recurso? Consulta á sus discípulos, y estos como que forman empeño en disuadirle de aquel proyecto. Qué suma tan exorbitante no era necesaria para realizarlo? *Ducentorum denariorum panes non sufficiunt ut modicum quis accipiat*, dice uno: doscientos denarios no son suficientes para que cada uno tome un poco: en toda la multitud, dice otro, no se hallan sino cinco panes y dos pececillos que tiene y se prestará á vender un jóven: *sed hec quid sunt inter tantos?* pero ¿de qué sirve tan corta cantidad para un número tan excesivo de necesitados? No de otra cosa que de estimular el hambre, en vez de remediarla.

En estas ingenuas y sencillas contestaciones de Felipe y Andres creo descubrir algunas de las vanas y cavilosas excusas que presentan tantos miserables esclavos de una sórdida avaricia, para cohonestar su monstruosa insensibilidad con respecto á las necesidades de sus hermanos. *Ducentorum denariorum panes non sufficiunt*, suelen decir con el primero, negándose á remediar aquellas. ¿Cómo es posible atender al sosten de tantos infelices pordioseros? ¿qué inmensos caudales no seria preciso invertir en este solo objeto? Por otra parte, ¿no seria una imprudencia desprendernos de lo que hemos adquirido á costa de tanto sudor y trabajo, de tantos sacrificios y privaciones? ¿no seria una locura negar á nuestro corazon lo que forma todas sus delicias? renunciar al fundamento de todas nuestras esperanzas? ¿perder en solo un momento los tesoros, que no hemos logrado reunir sino despues de mucho tiempo, para dar á nues-

tra casa el lustre, el esplendor, la ostentación á que ha llegado; y á nuestras familias las comodidades, la abundancia, el rango que disfrutan, y que dejarían de poseer con la pérdida de nuestros intereses? ¿Con que nosotros mismos hemos de dilapidar tan crecidas sumas en beneficio de los miembros mas indiferentes de la sociedad, los mas inútiles, ó tal vez perjudiciales? *Est hic puer habens quinque panes et duos pisces*: yo poseo una escasa fortuna que no produce lo que es necesario para remediar á tantos, y á muy corta parte que expendo de ella, me expongo á carecer de lo que necesitaré mañana.

Estoy muy distante de creer que fuera esta la intención de los apóstoles, puesto que el divino Maestro no les reprende; pero se dispone á convencerlos, á hacerles conocer por experiencia que todo lo puede el que se pone en las manos de Dios. Toma en sus benditas manos los cinco panes y dos peces; levanta sus ojos al cielo; hace presente á su eterno Padre la tierna compasión que se excita en su pecho, al ver tan numerosa multitud expuesta á perecer víctima del hambre; le recuerda que la misericordia es la virtud que con mayor energía ha recomendado á los hombres; y en la segura persuasión de que abriría los tesoros de su omnipotencia, para enseñarles á vencer los obstáculos y superar las dificultades que los retraen de su ejercicio, hace sentar á los cinco mil hombres y una multitud acaso muy superior de mujeres y niños; pone en manos de sus discípulos la escasa, insignificante, casi nula porción de alimento que se habia proporcionado; manda que la distribuyan entre todos los circunstantes, y obedeciendo sin réplica... Qué asombroso prodigio! Á no estar tan acostumbrados á oirlo, ó mejor dicho, si el Evangelio no lo refriera, lo tendriais por un sueño, lo calificariais de impostura, de ficción, lo supondriais imposible. No obstante ser tan excesivo el número de personas, cada una toma cuanto quiere, sin otra medida que su voluntad ó su apetito; todos, todos sin excepcion comen en abundancia, quedan completisimamente saciados, y aún resulta sobrante mayor cantidad que la que tenían en un principio. Con solos cinco panes y dos peces se proyectó y llegó á verificarse el remedio de tantos necesitados; y aún sobra lo que eran capaces de contener doce espuestas ó canastillos.

Hombres inhumanos, viles avarientos, ved completamente desvanecidas vuestras disculpas. No se busca una inmensa su-

ma, basta una voluntad verdadera. No debiais temer que la misericordia os empobreciese, ó que disminuyese vuestras fortunas; ántes bien esperar confiados que ella misma multiplicase extraordinariamente los medios de ejercerla. Esa misma Providencia que con solo hacer un milagro, acrecentó en manos de los apóstoles el pan y los peces, es la que por medios naturales multiplica en las vuestras los bienes de fortuna. No os dejéis llevar del orgullo sacrilego, de la impía persuasión de que son debidos tales bienes á vuestros talentos, á vuestra industria y trabajo: Dios, solo Dios es el dispensador de todos los bienes. Serán vuestros el fraude, el dolo, la codicia, la usura, la injusticia, con que tal vez los habéis adquirido; pero ellos, aún adquiridos por tan infames medios, solo á Dios conocen por autor, por criador, por dispensador. En manos de los apóstoles se multiplicaron los panes y los peces; mas no fueron su celo ni su trabajo causa de aquella multiplicación; tan estupendo prodigio se debe en todo á la misericordia, á la providencia del Omnipotente. Los apóstoles sabian que aquel aumento no debía destinarse á fomentar su avaricia, su orgullo, su voluptuosidad, sino á socorrer á los necesitados, á cuyo fin se habia hecho; por eso lo reparten entre todos, sin conservar para sí sino aquello que sobró, porque no hubo quien lo quisiera.

Esta circunstancia me hace discurrir acerca del empleo que debemos dar al sobrante de nuestros intereses. El infinitamente Santo es incapaz de concedernos el menor beneficio, el bien mas insignificante, para que sirva de fomento á nuestros vicios: solo imaginarlo seria un atentado sacrilego contra la infinita bondad de Dios. El fin es que nos sirva de materia y ejercicio de la virtud de la misericordia. *Quod superest, date eleemosynam*, nos dice (1); repartid con generosidad entre los pobres lo superfluo, lo que os sobre despues de llenar vuestras atenciones. Y para mas excitarnos al cumplimiento de esta ley, procura aumentar, multiplicar extraordinariamente los dones del que le obedece con exactitud. Y cuidado que no solo los multiplica en la cantidad, sino ademas en la cualidad y en la duración. Por un polvo de tierra promete la inmensidad de los cielos; por una corta porcion de alimento que puede servir para los brutos, promete toda la gloria de los ángeles; por una cosa

(1) *Luc. c. 11. v. 41.*

perecedera y momentánea de que quiere nos desprendamos, nos asegura una duracion eterna en su amable compañía; por el goce de unos bienes efimeros, falsos, traidores nos ofrece el de su inmortal bienaventuranza. En vista de esto ¿necesitaréis que os presente mas poderosas razones, para resolveros abiertamente por la práctica de tan excelente virtud?

¡Qué gloria seria para nosotros el seguir los ejemplos, que en esta parte nos han dejado tantos de nuestros venerables hermanos, cuya memoria será siempre gloriosa en esta ciudad! No se me oculta que las circunstancias han cambiado en un todo: al paso que aumenta prodigiosamente el número de necesitados, disminuyen los recursos y las facultades. No obstante si las presentes ocurrencias son poco favorables, para que podamos alimentar al hambriento y vestir al desnudo, son demasiado imperiosas para ejercitar otra especie de misericordia. Es indudable que hay en el dia necesidades mas urgentes, mas generales, sin comparacion mas dolorosas que en épocas anteriores: por lo mismo es tambien mas urgente y obligatorio su remedio. Esas turbas no necesitan solo el alimento corporal; el pan de la divina palabra, el cuerpo y sangre de nuestro divino Redentor, la salud de sus almas que está pendiente de la sagrada absolucion..., hé aquí lo que reclaman con mas urgencia: esas son las limosnas que podemos, que estamos en obligación de darles con mano pródiga y liberal.

Concluyo pues, dirigiéndome á todo mi auditorio. Jesucristo remedió generosamente la necesidad de las turbas que le seguian, sin esperar á que uno solo se la hiciera presente. Á nosotros nos piden limosna á todos horas, en todas partes, con expresiones demasiado enérgicas, con lágrimas copiosas, capaces de enternecer el corazon mas insensible. No necesitáis retiraros al desierto, ni recorrer esas infelices aldeas, cuyas chozas son otras tantas mansiones de la indigencia; fijad la vista en las calles y plazas de esta, en otro tiempo floreciente ciudad, y á cada paso tropezaréis con innumerables esqueletos medio animados, cuya palidez y decaimiento nos predicán con una elocuencia en extremo persuasiva y enérgica nuestro deber en esta parte. Justo es é indispensable que nos ocupemos seriamente en un asunto, que con tan lastimero acento reclaman los derechos de la humanidad. Inútil es recurrir á la contestación de san Felipe: *ducentorum denariorum panes non sufficiunt*: Dios

es infinitamente justo, y á nadie pedirá cuenta sino de los bienes que en realidad le ha concedido, puesto que á todos nos dice (1): *Si multum tibi fuerit, abundanter tribue: si exiguum tibi fuerit, etiam exiguum libenter impertiri stude*: es decir, que exige de todos y cada uno de los cristianos, que compadecidos de nuestros hermanos, los socorramos en proporcion á nuestras facultades. ¿Qué satisfaccion no nos cabria, si consumidas nuestras fortunas, tales cuales sean, en el socorro de los menesterosos, nos ocupáramos todavía en proporcionar recursos de otra parte, haciéndonos mutua y seriamente la piadosa pregunta que Jesucristo hizo á su discípulo Felipe: *unde ememus panes ut manducent hi?* Felices entónces nosotros! Pero, ay! no nos dejemos arrebatar de lisonjeras ilusiones! ocupémonos mas bien en aquellas sábias reflexiones con que san Ambrosio nos recuerda, que la mayor locura del hombre es guardar, para que consuma la polilla, el moho, y acaso el vicio, unos bienes, que por mano de los pobres pudiéramos depositar, con la mayor seguridad y tomando inmensas usuras, en el cielo. Recordemos aquellas terribles palabras que dirigirá el Juez inexorable en el mas terrible de los dias al que haya permanecido insensible á la miseria del indigente: *retírate de mi para siempre, maldito de mi Padre*. ¡Infelices los que se hallen comprendidos en tan hórrida maldicion! ¡Dichosos por el contrario los que merezcan oír de boca del mismo Señor, no con el acento de un juez airado, sino de un padre tierno y cariñoso: *venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado desde la eternidad, porque tuve hambre, y me alimentasteis, tuve sed, y me disteis de beber!* (2) Mil veces felices! Estos, ademas de ver en esta vida prodigiosamente multiplicada la porcion que han recibido y distribuído con generosidad en beneficio de la indigencia, tendrán indefectiblemente en la otra una medida de gloria, llena, apretada, colmada, de modo que rebose y se derrame por todas partes. Amen.

(1) *Job, c. 4. v. 9.* (2) *Matth. c. 25. v. 34 et 35.*

## SERMON.

### LOS RICOS DEBEN SOCORRER

Á LOS POBRES,

Y ESTOS CONFIAR EN LA PROVIDENCIA.

PARA EL CUARTO DOMINGO DE CUARESMA.

(DE ALMEIDA.)

*Unde ememus panes ut manducent hi? Hoc autem dicebat, tentans eum.*

De dónde nos ha de venir pan para toda esta gente? Esto lo decia el Señor, probando á su discípulo.

*S. Juan, c. 6. v. 5 y 6.*

Con estas palabras examina Dios á los ricos, preguntándoles, ¿de dónde ha de venir el pan para los pobres? Y con estas mismas palabras tientan los pobres á Dios, preguntándose desanimados, ¿de dónde les vendrá el pan que tanto necesitan?

Fué el caso, que viendo Jesucristo que le seguía una inmensa multitud de gentes, que nada tenían con que alimentarse, preguntó á san Felipe, ¿de dónde compraremos pan para toda esta gente? San Marcos dice que le respondieron los discípulos, que lo mejor seria despedirlos, para que en los lugares inmediatos comprase cada uno lo que quisiese. No conviene, les dijo el Señor, porque muchos han venido desde léjos, y si los despiden en ayunas, podrán desfallecer en el camino. Vosotros sois los que los habéis de sustentar: *Date illis vos manducare* (1); y respondiendo ellos que apenas se hallaban con cinco panes y

(1) *Marc. c. 6. . 37.*